



¿Gran coalición o frente popular?



José Manuel Vera Santos

Las matemáticas no engañan. Independientemente de filias y de fobias subjetivas, estas nuevas elecciones dibujan un panorama complejo para hilvanar un gobierno estable.

El PSOE *largocaballerista* ha ganado las elecciones, aunque pierde votos y escaños. Por el camino han dejado pasar un posible gobierno con Ciudadanos. El egocentrismo cortoplacista de Sánchez y de Rivera ha sido, sin duda, la causa de la convocatoria de estas nuevas elecciones.

Por su parte, el Partido Popular de Pablo Casado ha subido de manera notable, recuperando parte de las pérdidas sufridas en abril. Comienza una remontada que le costará culminar, bien que se consolida como alternativa a las políticas socialistas.

Vox resulta el claro ganador de estas elecciones. El partido de derecha conservadora, defendiendo con claridad y sin complejos la unidad de España, su integridad territorial y el cumplimiento de la ley, ha logrado una más que meritoria medalla de bronce, pero sobre todo ha condicionado la agenda política incorporando a la misma cuestiones que el auto-

denominado pensamiento progresista y la corrección política evitaban.

Los candidatos más antiguos de los que concurrían en estos comicios, ejemplos de la mal llamada “nueva política”, no han resultado bien parados. Unidas Podemos pierde apoyos de manera paulatina pero constante y Ciudadanos se desploma abruptamente. Iglesias salva los muebles y el dimitido Rivera hace lo que debe ante tamaño descalabro.

Lamentablemente los partidos antisistema –proetarras y nacionalistas variados de todo tipo y condición a los que une su odio a España– resultan fortalecidos. De aquellos polvos complacientes vienen estos lodos cainitas ¿Aprenderemos de la historia o la volveremos a repetir?

Pero, como decía al principio, cuando se celebran elecciones en cualquier sistema democrático representativo, se busca con ellas elegir representantes, sí, pero también, y sobre todo, articular un gobierno. Los primeros tomarán posesión de sus cargos en breve y otra vez asistiremos al esperpento de juramentos *customizados* y atentatorios contra el sentido común y el respeto institucional y legal debido. Pero ¿qué pasa con el gobierno de la cosa pública?

Hablaba Sánchez desde el desangelado balcón de Ferraz de que esta

vez “sí o sí habrá un gobierno de progreso”. Este socialismo escorado hacia la izquierda ha perdido centralidad y, con sus escaso centenar de diputados, queda de nuevo en manos del apoyo de los socialistas catalanes del PSC, más preocupados por el tono catalán que por la sinfonía nacional, y del comunismo de Unidas Podemos. Añadamos a este cóctel, ya poco digerible por sí, los necesarios apoyos de la derechona secesionista

Nunca he sido partidario de la gran coalición, pero puede haber riesgo de ruptura constitucional

del PNV y los independentistas republicanos de ERC. De apostar por este gobierno ¿progresista? afortunadamente desechado hace unos meses, estallarían sí o sí las costuras constitucionales ¿No hubiera sido más sencillo pactar con Ciudadanos señor Sánchez? Y es que el gran problema de España es que este PSOE de Sánchez se pueda plantear siquiera un pacto con comunistas y con secesionistas como ya ha hecho en Navarra, en Baleares o Valencia así como en municipios y Diputaciones catalanas, por indicar solo algunos ejemplos.

La otra suma posible sería la de una coalición entre socialistas y po-

pulares, con el presumible apoyo de Ciudadanos y de algunos otros grupos más. Yo nunca he sido partidario de este modelo y sigo sin serlo, pero debo reconocer que, cuando la opción contraria supone la ruptura constitucional, no me queda otro remedio que claudicar.

Bien a través de un gobierno de coalición, bien con apoyos parlamentarios externos, mediante abstención en la investidura o procuran-

Nuestros políticos tienen la obligación moral de afrontar la crisis política, territorial y económica

Lo que se ha movido entre el 28-A y el 10-N



María José Canel

La repetición electoral del pasado domingo ha arrojado algo similar a lo que sucedió en la de 2016: baja la participación (con un 69,87%, es igual que la de 2016, de las más bajas junto a la de 1979 y 1989), y el electorado castiga a aquellos a quienes considera culpables de una segunda llamada a las urnas: Ciudadanos, Podemos y PSOE.

Estos resultados confirman la tendencia por la que desde 2015 en España se dejó de votar por tradición. Entonces uno de cada cuatro votantes cambió su opción habitual de voto, algo que se repitió en 2019. Pero es que el domingo, sólo siete meses después del 28 de abril, se han vuelto a producir importantes

“bailes” entre unas fuerzas políticas y otras, y entre votar y la abstención. Así, desde 2014, cuando en las europeas surgió de la nada un partido llamado Podemos, son tres las fuerzas que arrasaron con la promesa de una nueva política, dos de las cuales ya han tenido que irse a las últimas filas.

Tres cambios fundamentales se han producido entre el 28-A y el 10-N. En primer lugar, España ahonda en su fragmentación: entran tres partidos por primera vez (CUP, Teruel Existe y Más País) y regresa el BNG. Con ello, se reduce todavía más (un 2,2%) la representación en el Congreso de aquellos partidos que tienen implantación nacional; y se incrementan los votos que van a la papelera en la izquierda y en la derecha (excepto en Navarra).

En segundo lugar, del 28-A al 10-N a Ciudadanos se le puede aplicar lo de “como la espuma subió y



Disturbios en Barcelona en la huelga del pasado 18 de octubre.

como la espuma bajó”. Las causas van más allá de la culpa por no impedir unas segundas elecciones, pues el batacazo demuestra la heterogeneidad de votantes de la que vivía este partido: de los dos millones y medio de votos que pierde, un millón se va a Vox, medio al PP y el resto sólo puede haber ido a la abstención. Es decir, Rivera vivía de algunas personas que querían el centro (ninguna de las cuales, por cierto, se pasa al PSOE, que pierde 700.000 votos); pero vivía también de otras muchas que se le hubieran ido si Cs hubiera apoyado un gobierno de Sánchez. Este es el caso de un fracaso de partido por lapidar el propio capital (la marcha de Arrimadas a

El PSOE ignoró que el miedo a la derechona es también la estrategia del independentismo catalán

Madrid maltrató el activo de arrebatarse el liderazgo al independentismo en las últimas elecciones catalanas) y por un error de cálculo de liderazgo (manifestado en ansiosas y cosméticas estrategias electorales de último minuto como la moción de censura al Gobierno catalán y la oferta de pacto a Sánchez).

Por último, en estos siete meses ha cuajado el sonado triunfo de Vox: gana un millón de votos y llega a 52

españoles, más del doble de lo que tenía. Un análisis fácil sería el de culpar a Sánchez de alimentar la extrema derecha exhumando los restos de Franco, pero hay algo más profundo y complejo que puede escapar a la prensa internacional que equipara la fuerza de Abascal con extremas derechas europeas.

Efectivamente, una vez más, el PSOE se abonó en esta campaña a la estrategia de vincular a su rival con el pasado franquista, mostrándose como el freno a la ultraderecha de “una España en blanco y negro”. Ignoró así el riesgo de que ese miedo a la derechona es, también, la estrategia que ha estado empleando el independentismo catalán para des-